

“La traducción vincula a los sujetos, a pesar de las barreras lingüísticas”

En este artículo, la prestigiosa traductora Patricia Willson traza un mapa histórico de la traducción literaria y encuentra en Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Victoria Ocampo a los responsables de la traducción y difusión de cierta literatura extranjera en la Argentina. También sostiene que la única manera de incentivar las buenas traducciones es “mejorando las condiciones de trabajo del traductor: dándole plazos más razonables y pagándole mejores tarifas”.

—¿Qué tipo de tradición en traducción literaria tiene la Argentina?

—La traducción literaria no puede pensarse escindida del contexto en el que aparece. Las traducciones efectuadas en la segunda mitad del siglo XIX tendieron a acompañar la consolidación del Estado liberal que surgió de la Constitución de 1853. En este sentido puede entenderse que Sarmiento haya declarado patriótica la tarea de traducir: en general, se traducía aquello que la elite cultural consideraba necesario y faltante en la cultura nacional; desde luego, esta falta no se limitaba a lo literario, sino que también abarcaba obras científicas y técnicas. En esos casos, como en otros hasta bien entrado el siglo XX, lo que funda el valor de las traducciones es su instrumentalidad extra-literaria: ya sea impulsados por la elite cultural o por la izquierda reformista, se trataba de proyectos editoriales animados por la pedagogía, por la conciencia de estar destinados a públicos recientemente incorporados al circuito de la lectura. Pero hay otra tradición, que es la que podríamos llamar de la autonomía literaria, y es la que apunta a consolidar poéticas incipientes, o a introducir a nuevos autores. Si bien hay casos de esta tendencia ya en la Biblioteca de Buenos Aires de Alberto Navarro Viola, en el siglo XIX, y en las revistas de la vanguardia argentina de los años 1920, la función intra-literaria de la traducción aparece de manera más compacta en la década de 1940. Borges y Bioy dirigieron la colección El Séptimo Círculo entre 1945 y 1955, esto es, durante el decenio del primer peronismo; en esa colección se publicaron

textos policiales, que ambos escritores consideraban un género opuesto al desorden, a lo elemental, a lo caótico...

—¿Cuáles son las primeras huellas, el origen de la traducción literaria?

—En otros países de América Latina, por ejemplo México, donde las culturas originarias estaban muy desarrolladas, el origen de la traducción se remonta a las primeras interacciones entre el colonizador español y los colonizados. Por las necesidades del proceso colonial —incluida la evangelización— hubo muy tempranamente traducciones al náhuatl. En Argentina, en cambio, el origen de la traducción literaria debe rastrearse en la interfase del castellano con otras lenguas europeas. Se cita con frecuencia la traducción del *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, en 1810, con prólogo de Mariano Moreno. Desde luego no fue la primera traducción realizada en lo que sería la República Argentina, pero tiene un valor fundacional; es, como otras primeras traducciones, una traducción productora de discursividad: se vuelve a ella, es un hito.

—¿Hubo un momento de oro, de auge?

—La traducción literaria está muy vinculada al ámbito editorial. Para que haya un auge, debe haber un desarrollo concomitante de la industria del libro. En Argentina, hubo un momento de apogeo discernible entre 1940 y 1955, con la fundación de numerosas editoriales y la creación de colecciones en las que la literatura traducida era mayoritaria; Buenos Aires era entonces el centro editorial del mundo de habla hispana. Sirva como ejemplo la Colección Horizonte, de editorial Sudameri-

cana, cuyas primeras publicaciones son de la década del 40 e incluyeron a numerosos novelistas extranjeros: Virginia Woolf, Aldous Huxley, D. H. Lawrence, John Steinbeck, André Malraux, entre muchos otros. Un papel fundamental le cupo a la editorial Santiago Rueda, que publicó la traducción de J. Salas Subirat del *Ulises* de James Joyce y de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, en una versión que completaba las traducciones parciales españolas de Pedro Salinas y José María Quiroga Plá con las traducciones del argentino Marcelo Menasché.

—¿Qué papel juega Victoria Ocampo en el desarrollo de la traducción local?

—Como es sabido, Victoria Ocampo desempeñó el rol de mecenas, es decir que financió con su dinero una revista, *Sur*, cuyo primer número apareció en 1931 y que publicó numerosas traducciones. Siguiendo el ejemplo de la Revista de Occidente de España, Ocampo fundó en 1933 una editorial adscripta a la revista, en la cual se publicaron textos variadísimos pertenecientes a tradiciones extranjeras. Cito un ejemplo, no muy conocido: en 1967, en traducción de H. A. Murena, se publica en editorial Sur el primer Walter Benjamin en español; se trata de un volumen de ensayos (*Ensayos escogidos*) entre los que se encuentra el muy citado “La tarea del traductor”.

—¿Y cómo era Victoria Ocampo escribiendo en francés? ¿Qué dejaba traslucir?

—La primera obra publicada de Victoria Ocampo fue un librito en el que ella ensaya una lectura personal —y bastante

impresionista— de *La Divina Comedia*. El título es De Francesca a Beatrice, editada primero en francés en 1924 y traducida luego al español por Ricardo Baeza. Es un libro que ha envejecido, con el engolamiento que tienen los textos que aspiran a demostrar algo que se conoce de antemano, en este caso, la grandeza de Dante. Me parece que el nervio de escritora de Victoria se aprecia en sus epistolarios (escritos o no en francés). Por ejemplo, en el que mantiene con Roger Caillois, escritor francés, uno puede ver que, aunque contengan pequeños errores de lengua, las cartas más interesantes, las más vibrantes, son las de Victoria; tiene una forma inconfundible de incorporar todo tipo de materiales —impresiones, diálogos, lecturas— procesados por la primera persona.

—¿Qué lugar se le daba al traductor en los años 40, 50, 60? ¿Se lo mostraba o quedaba en el anonimato?

—El traductor, en esas décadas, casi siempre figuraba en página par, en la misma del autor y del título.

—¿Qué papel jugaron las editoriales? ¿Incentivaron las buenas traducciones?

—Creo que la única manera de incentivar las buenas traducciones es mejorando las condiciones de trabajo del traductor: dándole plazos más razonables y pagándole mejores tarifas. Por supuesto que siempre los editores dirán que propician las buenas traducciones (¿cómo podrían decir lo contrario?). En las solapas de los libros publicados por Tor y por Sopena Argentina en las décadas del 40 y del 50 había una alusión a las "traducciones fieles", como garantía de su buena calidad, y muchas veces se trataba de traducciones pirateadas de ediciones españolas, sin mención del traductor.

—¿Dónde y cómo se formaba ese traductor? ¿Además de una formación de grado tradicional, dónde se forma un traductor en la actualidad?

—La formación de un traductor es algo muy complejo, que no puede agotarse en el diploma que otorga una carrera de nivel superior. En el prólogo a su traducción del *Ulises*, José Salas Subirat afirma que "traducir es el modo más atento de leer y el deseo de leer atentamente es responsable de la presente versión". Suscribo la idea del deseo de traducir, aun en contra de los prejuicios sociales, que sitúan a la traducción en un lugar de minoridad respecto de las escrituras directas. Entender este lugar, tratar de desmontarlo, oponerse a él por la propia práctica de la traducción, no suelen estar entre los objetivos de las carreras de formación de traductores. Más bien se forma "artesanos", que suelen trabar relaciones laborales en las que ese lugar es confirmado, y no impugnado.

—Usted escribió que: "La traducción tiene una dimensión antropológica nítida: afecta la vida de las personas", ¿podría explicarnos qué significa esta frase?

—La traducción es una práctica que vincula a los sujetos, a pesar de las barreras lingüísticas. En los pedidos de asilo político es muy probable que intervenga un traductor. En esos casos, como en los de la ayuda humanitaria en conflictos bélicos o en desastres naturales, la intervención del traductor es crucial, y tiene influencia directa, verificable, en la vida de las personas involucradas.



Patricia Willson

Es traductora, egresada del Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas "Juan R. Fernández", y doctora en letras de la UBA; en ambas instituciones se desempeña como docente e investigadora. En sus trabajos sobre la traducción ha recibido becas y subsidios de organismos nacionales e internacionales. En 2003 recibió el primer premio categoría ensayo del Fondo Nacional de las Artes por *La Constelación del Sur* (Siglo XXI Editores, 2004).

En 2005 recibió en Madrid el Primer Premio Panhispánico de Traducción Especializada.

Entre noviembre de 2007 y octubre de 2008 ocupó la cátedra Mercator en la Universidad de Erlangen-Nuremberg, Alemania. Entre otros autores ha traducido a Paul Ricoeur, Roland Barthes, Gustave Flaubert, Mary Shelley y H. P. Lovecraft.

Desde 2004 coordina en el Lenguas Vivas el Seminario Permanente de Estudios de Traducción.